



LA ROCA TARPEYA, TAL CUAL HOY EXISTE.

¡Del Capitolio á la Roca Tarpeya no hay mas que un paso!.... Esta expresion marca la historia del poder. El Capitolio era en el mundo romano el sitio mas célebre levantado por Tarquino el Soberbio, para cumplir el voto de Tarquino el Anciano. Desde aquel punto dominaba Roma al mundo desplegando aquella pompa religiosa y guerrera que la caracterizaba en el templo alzado allí á Júpiter, en el sacrificio y acciones de gracias donde el vencedor de los enemigos de Roma, arrastrando en pos de su carro los reyes encadenados, inmolaba ante el triple pórtico del Señor de los dioses cien toros blancos como la nieve.

La Roca Tarpeya se halla inmediata al Capitolio. El templo de Júpiter ocupaba la cima oriental del monte capitolino. Sobre la cumbre, hacia el Tiber, estaba el Arx, la ciudadela. Sus cimientos, en gruesos trozos de granito, atestiguan poderosamente el robusto genio de Roma en su nacimiento. Entre el templo y la ciudadela se halla un intervalo llamado *Intermontum* por los romanos. Aquel pequeño espacio fué donde Rómulo abrió un asilo á los vagabundos, á los ladrones, á los descontentos de todos los paises, de que hizo soldados con que comenzó Roma la mision providencial de establecer la unidad política del mundo, lo que consiguió con sus conquistas. Era precisa la unidad política, verificada por la espada de Roma, para que el cristianismo pudiese extender por la palabra la unidad religiosa y una nueva civilización.

Alta, de cerca de cincuenta piés la Roca Tarpeya termina el monte del Capitolio. Llegábase en otro tiempo á su fatal cima por una escalera de cien escalones. Hoy nos costó trabajo el verla. Necesitamos entrar en el patio de una casa, porque se halla enterrada en el suelo en sus dos terceras partes y como escondida por una multitud de casas. Hoy no presenta peligro alguno á los ambiciosos y continúa siempre á un paso del Capitolio. Hoy no es mas que un objeto de curiosidad esta famosa Roca, desde cuya cima eran precipitados los criminales de la antigua Roma y desde donde el pueblo inconstante precipitó á los que la víspera victoreaba en el Capitolio.

La perspectiva que hoy ofrece es la que reproducimos en el grabado que presentamos á nuestros lectores, y que copiamos al pié mismo de la terrible Roca, á que dió nombre una vestal llama-

mada Tarpeya, que entregó á los Savinos el Capitolio, de que su padre era gobernador, con condicion de que la diesen todo lo que llevaban en el brazo izquierdo. La codiciosa vestal entendia así adquirir los ricos brazaletes que adornaban los brazos de los Savinos; pero estos en lugar de las codiciadas joyas, la arrojaron á la cabeza sus pesados escudos y la hicieron perecer bajo de ellos, castigando así su traicion.

La Roca Tarpeya, á pesar de la eterna base granítica con que está asentada por la naturaleza, es uno de los monumentos hoy menos visibles, en una ciudad donde existen las pruebas materiales de una gran parte de sus maravillosos sucesos, cuya historia está escrita en los monumentos que ha respetado el tiempo á fin de que no pereziese nada de lo que pudiese atestiguar la grandeza naciente de la ciudad eterna.

Nosotros hemos visto, á las orillas del Numico, el sitio que ocupara la tumba de Rómulo. Nosotros hemos bebido el agua que corre aun hoy cerca de los muros de Roma, en la fuente de Egeria, la divina compañera de Numa. Hemos andado el camino donde la impía Tulia pasó con su carro sobre el ensangrentado cuerpo de su padre, que aun hoy se llama la *Via Scelerata*. Hemos entrado en la inmensa cloaca de Tarquino el Anciano, conservada despues de tantos siglos sin degradacion ninguna. ¡Hemos visto el sepulcro de los Horacios y otros monumentos, testigos eternos de su antigua nobleza!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

MEDINA AZZAHRA.

EPISODIO HISTÓRICO.

(Continuación.)

IV.

Pero el pecado de Abderrahman, hijo de su torpe y desmedido amor, era demasiado grande para que mereciera fácilmente el perdon de Allah. El castigo no se tardó por cierto, pues de allí á poco, como el califa entrase con poderosa hueste de cien mil hombres por el reino de Leon y acometiese á Zamora, fué desbaratado lastimosamente por el rey de los cristianos Rad-

22 DE JUNIO DE 4856.

mir ebn Ordon (1), que acudió contra él, en la famosa pelea llamada de *Aljandic* ó de la hoya. Esta jornada fué muy desastrosa para Abderrahman, pues perdió en ella cincuenta mil hombres, parte muertos á hierro y parte ahogados entre los siete órdenes de muros, separados por fosos llenos de agua, que ceñían aquella fortísima ciudad, año 327 de la egira, 938 de Jesucristo (2). Tal fué la suerte que cupo por sus culpas al valeroso y afortunado emir que desde su elevación al trono había alcanzado de los cristianos muchas victorias y conquistas, contando entre los príncipes á quienes humilló con sus armas á Ordoño, hijo de Alfonso, rey de Leon y Galicia (3); á Sancho Ebn García, señor de Pamplona y emir de los vascones (4); al conde de Castilla (5) y al de Barcelona (6), y por otras partes enviando sus huestes al África había señoreado á Ceuta, Fez y otras ciudades y comarcas. Llenas están las historias árabes de los encuentros victoriosos, expugnación de castillos y plazas, estragos y talas de los campos y tierras y otros hechos de armas memorables que este emir había ejecutado por su propia persona en el *alghied* ó guerra santa, rompiendo por tierras de Galicia, Alava, Castilla y Navarra (7). Pero sus culpas oscurecieron gran parte de su gloria, y desde que se entregó en Medina Azzahrá á los placeres del amor, no volvió á salir jamás por su persona á las gazuas y algaras, sino que se contentó con enviar sus capitanes y huestes (8).

Los inanes y alfaquíes, viendo cómo el califa corría á su perdición, no dejaron de amonestarle; pero ya era demasiado tarde para que pudiera volver en sí del amor que le avasallaba, causa de todas sus flaquezas. Los autores árabes refieren á este propósito algunas anécdotas, contando como Allah por medio de varones santos y doctos, le reprendió no solo por los yerros de sus amoríos, sino tambien por la vanagloria que sentía por haber edificado aquella maravilla del arte. Cuenta pues un historiador que cuando Annasser miró concluido aquel su prodigioso alcázar del califado que dejamos descrito, con su dorado techo y tejas de oro y plata, se sentó en él cierto día rodeándose de sus wacires y toda su corte. Vanagloriándose pues de la excelencia de aquella obra por él dispuesta y costeada, dijo á sus cortesanos: «¿Por ventura habeis visto u oído que rey alguno antes de mí haya fundado fábrica como esta ó haya podido fundarla?» — Los cortesanos adulándole le respondieron: — «No por cierto, ó emir Almumenin: ni lo hemos visto ni ha llegado á nosotros su noticia.» Tales palabras le regocijaron; y como era tambien poeta, improvisó estos versos.

«Los reyes cuando quieren dejar memoria de sus hechos,
los pregonan con las lenguas de la arquitectura.»

«¿Por ventura no veis cómo se conservan las pirámides egipcias y cuántos reinos yacen sepultados en el olvido por las vicisitudes de los tiempos?»

«Ciertamente un edificio que se levanta sublime y majestuoso, da manifestos indicios de la grandeza y poderío de su fundador.»

Así se glorificaba Annasser con sus cortesanos muy satisfecho por imaginar que ningún rey había llegado á construir edificio semejante, cuando el cadhi y *aljathib* Mondzir Ebn Said entró en la cobba con la cabeza baja y el rostro austero. Recibióle el califa con el respeto debido, como á persona que era muy autorizada en letras y religion, y luego que ocupó su asiento le hizo

la misma presuntuosa pregunta que había dirigido antes á los demas cortesanos, encareciendo la preciosidad del techo dorado. El cadhi al oír aquello no pudo reprimir sus lágrimas que corrieron hasta su barba, y dijo á Annasser: «O emir Almumenin: temo que Xaithan (maldígale Dios) te haya trastornado la razón, y no recelas que por muchas que sean las gracias y mercedes que te ha concedido Allah, dándote imperio sobre el mundo, puede confundirte con los idólatras.» Abderrahman conmovióse mucho con estas palabras, y replicó al cadhi: «Vea lo que habla y cómo Allah ha de confundirme con los idólatras.» — «Ciertamente sí, repuso Mondzir. ¿Por ventura no ha dicho Allah excelso: «Porque si todos los hombres no debiesen formar un solo pueblo (1), á la verdad daríamos á los que no creen en el Misericordioso techos de plata para sus casas..... y de oro todo el ajuar y ornato (2)?» El califa al oír esto, entre airado y confuso bajó los ojos al suelo; pero al fin reconociendo su falta, brotó el llanto de sus pupilas y dijo á Mondzir: «Allah te ha confiado la mas alta misión, que es el hacer bien y predicar las doctrinas salvadoras del Islam: tus sentencias y máximas corren de boca en boca y has dicho la verdad.» Entonces se levantó de su asiento, y con humilde oración imploró el perdón de Allah, mostrando despues el arrepentimiento de su vanidad con hacer que se despojase aquel suntuoso techo de la cobba de todo el oro y plata que le enriquecía y darle otra forma y ornato menos ostentoso.

Así Abderrahman haciendo la enmienda posible de su yerro, logró detener en parte los castigos de Allah; y aun alcanzó de su misericordia que concediese á sus capitanes y huestes algunas victorias contra los enemigos de su fé, que vengaron la derrota sufrida en *Aljandic*. En el año 344, de Jesucristo 955, *Ahmed Ebn Yila* y otros alcaides de las fronteras dieron aviso de haber entrado en tierra de Castilla y puesto en derrota un ejército de cristianos que les salió al encuentro, enviando en su testimonio cinco mil cabezas de sus enemigos que fueron suspendidas en derredor de los muros de Córdoba. Los alcaides de Badajoz, Talavera y de varias plazas fronterizas alcanzaron tambien prósperos sucesos de armas en diversas incursiones por tierras de Galicia, Leon y Navarra. Edificóse tambien por orden del califa la plaza fuerte de *Medina Salem*, hoy Medina Celi, como frontera contra la parte oriental de Castilla, año 335—947 (3). Los reyes y príncipes cristianos de España, por la desdicha de los tiempos, se humillaron á veces á pedirle la paz; y otros monarcas de toda Europa solicitaron asimismo su alianza y amistad, entre ellos Constantino, hijo de Leon, emperador de Constantinopla; Othon, rey de los slavs (4); el rey ó señor de los alemanes (5); Hugo (6) y Carlos (7), reyes de Francia y el señor de Roma; todos los cuales enviaban sus embajadores al emir Almumenin, acompañando sus mensajes con ricos presentes (8), y él los recibía ostentosamente en sus alcázares de Medina Azzahrá.

Pero volviendo ahora á reanudar nuestro relato de la fundación de Medina Azzahrá, cúmplenos decir que Abderrahman Annasser prosiguió aumentando aquel sitio real con nuevos paseos, jardines y casas de placer. Asimismo estableció allí fábricas de armas y de diversas telas y tejidos, en donde se hizo un toldo de gran tamaño para cubrir el patio de la aljama de Córdoba y defender así de los rayos del sol la inmensa muchedum-

(1) Es decir Ramiro II, hijo de Ordoño II, que reinó desde 930 á 950 de Jesucristo.

(2) *Ebn Jaldun* y *Almesudi*, citados por *Almaccari*, vol. I, pág. 228.

(3) Ordoño II, hijo de Alfonso III, que reinó desde 914 á 924 de Jesucristo.

(4) Sancho Garcés, rey de Navarra, que reinó desde 905 á 925 de nuestra era.

(5) El famoso Fernán Gonzalez ó su hijo y sucesor Garci Fernandez.

(6) Este conde de Barcelona debió ser ó bien Miron, hijo de Wifredo, que gobernó aquel estado del año 912 al 929 de Jesucristo, ó bien su sucesor Suniario, que murió en 950.

(7) *Almaccari*, I, 234 y 235.

(8) *Almaccari*, I, 233.

(1) Es decir si no hubiese el peligro de que todos los hombres llegasen á formar una secta infiel. Así lo entiende *Luis Marracci* en su excelente version latina y edicion del texto árabe del Alcoran (Padua 1693).

(2) *Alcoran*, sura XLIII aleyas ó versículos 32 y 33. — Pág. 634 del texto árabe y 636 de la version latina de la edicion mencionada.

(3) *Bayan Almoghreb*, parte II, pág. 229.

(4) Es decir Othon el Grande, coronado emperador de Alemania en 936 de Jesucristo.

(5) Acaso Enrique, rey á la sazón de Germania.

(6) Hugo el Grande, de quien aquí se habla, no fué rey como dice equivocadamente el autor árabe, sino duque de Francia y de Borgoña, y el señor mas poderoso de aquellas partes: murió en 956.

(7) Carlos el Simple, que reinó desde 895 á 923 de Jesucristo.

(8) *Almaccari*, parte I, pág. 234 y 35.

bre que allí se agolpaba para las assaláes y otras prácticas religiosas. Fundó también en Azzahrá la *seca* ó casa de la moneda, en donde aparecen acuñados dirhemes y dinares de este monarca y sus sucesores desde el año 338 hasta el 400 de la egira (949 á 1010 de Jesucristo (1). Annasser fijó su residencia en el alcázar de Medina Azzahrá y desde allí administraba los negocios de paz y guerra, que unos y otros le alcanzaron notable gloria y prosperidad, y recibía, como se ha dicho, á los embajadores de otros soberanos que venían á traerle sus presentes ó solicitar su alianza. Este califa en fin no dejó de embellecer mas y mas aquel real sitio, usando en ello de tal magnificencia y prodigalidad, que destinaba cada año á aquel objeto la cuantiosa suma de 300,000 dinares hasta el año 350—961 en que murió (2).

Los alcázares de Medina Azzahrá fueron teatro de grandes escenas, en que Abderrahman y los califas sus sucesores, con toda la pompa y lujo oriental, desplegaron á los ojos del mundo asombrado la magnificencia, riquezas y poderío que Allah dispensaba á aquellos soberanos. Alianzas y confederaciones con otros monarcas, tratados de paz y de guerra, proclamacion y alzamiento de califas, recepciones de grandes personajes, embajadas en demanda de auxilio ó en reconocimiento de vasallaje, justas y certámenes de ingenio; todo se celebraba allí con soberbio fausto y ostentacion. Los historiadores árabes, con su imaginación privilegiada y su mágico pincel, trazan de estos sucesos tan fantásticas descripciones, que en nada ceden á los cuadros maravillosos del libro de *Alf leila waleila* (3). Pero remitiendo la curiosidad del lector á aquellos autores y cronistas, para no alargar en demasía nuestro relato, solamente bosquejaremos aquí una de las grandes escenas representadas en el teatro de aquellos suntuosos alcázares, que fué la presentacion en ellos del rey de Galicia D. Ordoño el Malo. Este príncipe, hijo de D. Alonso el Monje, merced al favor de su suegro el conde Fernan Gonzalez, se había alzado con el trono de Leon y Galicia en el año de 959, despojando de él á su legítimo poseedor que lo era su primo D. Sancho llamado el Craso. D. Ordoño no disfrutó mucho tiempo de la corona usurpada, pues D. Sancho, procurándose la ayuda del poderoso califa Abderrahman III, volvió á recobrar su trono en 961. Pero como en este mismo año muriese Abderrahman, y le sucediese su hijo Alhacam, D. Ordoño resolvió implorar el auxilio del nuevo califa, porque estos soberanos no hacian escrupulo de ser inconsecuentes en sus alianzas y amistades, con tal de atizar así entre los cristianos el fuego de la guerra civil. En el día señalado para su solemne recepcion, segun la ceremoniosa etiqueta de aquella corte, el príncipe cristiano salió del palacio llamado *Almunia* ó *Casr Anaora* (4), al poniente de Córdoba, en donde el emir le había alojado ostentosamente, y se puso en marcha para Medina Azzahrá, acompañado de algunos condes y caballeros que le habían seguido desde sus estados, y de los varones mas principales escogidos entre los cristianos mozárabes que con licencia de los califas vivían en tierra de moros conservando el ejercicio de su religion. Eran estos personajes *Walid Ebn Jairun*, *cadhi* ó juez

de los mozárabes de Córdoba, y *Obcidallah Ebn Alcaassim*, *almitrán* ó obispo de Toledo (1). D. Ordoño con su comitiva, todos lujosamente ataviados y á caballo, llegaron á la puerta exterior de Medina Azzahrá llamada *Bab Alacabba* ó de las bóvedas, en donde hallaron formada parte de la lucida guardia de los slavs ó esclavones, que se adelantaban á tributar los debidos honores al rey cristiano, y que al verle se apearon respetuosamente de sus caballos. Al llegar á la otra puerta interior llamada *Bab Assudda*, ó sea la puerta régia y principal del alcázar, por aviso de Ebn Talmis, moro de cuenta que les servía de introductor, todo el acompañamiento de Ordoño desmontó, sin quedar en sus caballos mas que el rey y su introductor. Estos apeáronse también en la puerta del pabellon meridional del alcázar, donde despues de detenerse algunos momentos, se les ordenó que subiesen á la gran azotea atravesando siempre entre las filas de la lucida guardia de slavs. El emir Almunen Alhacam aguardaba al rey cristiano asentado sobre su trono en el pabellon oriental del terrado ó azotea llamado *Almunes*, rodeado de gran pompa y en medio de los príncipes sus hermanos, sus wacires, *cadhies*, alfaquíes y demás personas principales de su corte. D. Ordoño iba vestido con cierta vistosa túnica y albornoz blanco, pero en la cabeza segun el uso cristiano llevaba un elegante birrete adornado con algunas perlas. Al llegar el príncipe cristiano á la puerta del pabellon que ocupaba el califa, despojóse de su albornoz y descubrióse reverentemente la cabeza. Detúvose un momento en el umbral donde se postró con respeto; mas adelante se volvió á inclinar, y al llegar por fin al pié del real trono, dominando la profunda emocion y asombro que sentia ante tanta grandeza, alargó su mano al emir que la estrechó afectuosamente. Cumplidas estas y otras ceremonias, asentóse en un rico estrado que le estaba prevenido. Los demás altos personajes que acompañaban á Don Ordoño, fueron admitidos á besar la mano al emir, ejecutando las mismas reverencias y postraciones, y se les concedió asimismo que ocupasen otros asientos inferiores á uno y otro lado del rey cristiano. El emir Alhacam, con la afabilidad propia de la verdadera grandeza, animó al rey desposeído, que parecia tímido y absorto ante tanta majestad, dándole el parabien de su venida y de que hubiese acudido á él. Entonces el *cadhi* de los mozárabes *Walid Ebn Jairun*, desempeñando el cargo de intérprete, manifestó al califa con respetuosas razones, cómo los deseos del príncipe cristiano eran acogerse á su poderosa proteccion, y solicitar que le ayudase al cobro de su corona, obligándose, si así lo hacia, á reconocerle perpetua obediencia y vasallaje. Para demostrar mejor la confianza con que ponía su suerte en manos del emir y la fé que tenia en su poder y justicia, D. Ordoño por medio del intérprete, suplicó á Alhacam que constituyéndose en árbitro de las diferencias que mediaban entre él y su primo D. Sancho, él decidiese á cuál de los dos asistia mejor derecho para el tronó. El emir escuchó afablemente estas súplicas y demandas, y como las buenas razones que Don Ordoño supo alegar en defensa de su causa ó otras consideraciones y miras de política le interesasen en su favor, accedió á lo que el cristiano le pedia, aceptando su vasallaje y ofreciéndole su ayuda para recobrar su corona. D. Ordoño demostró al califa su agradecimiento, aclamándole por el mas glorioso y liberal de los príncipes y repitiendo sus reverentes saludos y postraciones, se despidió de Alhacam. Al retirarse el príncipe cristiano los slavs le llevaron con su acompañamiento al aposento ó pabellon occidental, donde se miraba otro real trono, ante el cual él y los suyos tambien se inclinaron con veneracion. Despues los condujeron á otra estancia situada al norte de aquella, en que hicieron sentar al príncipe sobre un almohadon ricamente labrado de oro. D. Ordoño, deslumbrado con la vista de tantas riquezas y maravillas del arte como se mostraban donde quiera en aquellos alcázares, se dejaba conducir de una en otra parte,

(1) En una de estas medallas que tenemos á la vista y es un dinar ó moneda de oro acuñada en el reinado de Alhacam II, hijo y sucesor de Abderrahman, se leen las siguientes inscripciones que nos parece no inconveniente copiar aquí como muestra del gusto de los árabes en numismática.

En el anverso se lee pues en tres líneas: «No hay mas Dios que Allah: es único: no tiene compañero.»

En derredor: «Mahoma es el apóstol de Dios que le envió con la doctrina recta y la ley de la verdad para que la hiciese prevalecer contra toda otra religion á pesar de los asociados (es decir de los infieles).» ALCORAN, sura LXI, aleya 9).

En el reverso en cuatro líneas: «El Imam Alhacam Emir Almunen Almohtaser Billah—Amey.»

En derredor: En el nombre de Dios acuñase este dinar en Medina Azzahrá, año 360 (de la egira, 971 de Jesucristo).

(2) Ebn Hayyan citado por Almacari, I, 373.

(3) Las mil y una noches.

(4) Sobre la magnificencia de este palacio ya antes mencionado por nosotros, véase á Almacari, I, 371.

(1) Los cristianos que moraban en tierra de infieles, puesto que conservasen su propia religion, en nombres, trajes y otros usos habian llegado á imitar á la nacion en cuyo seno vivian enclavados.

como el que embargado de un sueño se abandona al capricho de su imaginación extraviada y delirante. Permanecía en aquel aposento el príncipe cristiano sin darse cuenta de lo que por él pasaba, cuando vino á presentarse cierto *hagib* ó mayordomo de palacio llamado *Chafar Almushafi*. Este, después de dirigirle algunas palabras corteses, asegurándole de las buenas disposiciones y favor del califa, mandó que le trajesen una magnífica *holla* ó vestidura de honor que aquel le regalaba, y que se componía de una túnica y albornoz de riquísimo tisú y de un ceñidor de oro puro cuajado de rubíes y otras perlas preciosísimas por su gran tamaño y hermosura. Los historiadores árabes, al referir este suceso, encarecen mucho la sorpresa que mostró Don Ordoño á vista de aquel presente, pues á pesar de su alto nacimiento, el rudo y pobre príncipe cristiano jamás había usado de tan ricos vestidos. Semejantes preesas regaláronse por mandado del sultán á los condes y varones principales que acompañaban á D. Ordoño, según la calidad de cada uno. Cuando llegaron al pie del pabellon meridional en donde se había apeado el príncipe, presentáronle un soberbio corcel ricamente enjaezado con paramentos y frenos labrados de oro, con que el califa quiso darle un nuevo testimonio de su grandeza y generosidad. D. Ordoño con su comitiva salió de los palacios de Medina Azahrá sumamente pagado y contento del emir Almumenin, tornándose después al alcázar de Annaora, en que vivió hospedado mientras permaneció en aquella corte.

Alhacam cumplió á D. Ordoño sus promesas; pues como se deja entender por los historiadores, no fué otra la causa de la expedición que por este tiempo emprendieron sus capitanes, acometiendo con poderosa hueste las fronteras del reino de Leon y haciendo grandes estragos en aquella tierra. D. Ordoño sin embargo no logró sus deseos de recobrar la corona perdida, pues poco tiempo después acabó su vida afrentosamente entre los infieles, sin duda porque la Providencia no permitió que en tiempos tan azarosos para los cristianos, reinase sobre ellos un príncipe que por sus desafueros y vida depravada había merecido el renombre de Malo.

Tal fué el suceso de este famoso recibimiento del príncipe D. Ordoño por el poderoso califa Alhacam I en los alcázares de la ciudad florida según lo refieren los cronistas árabes. En el capítulo siguiente volveremos de esta nueva digresión al reinado de Abderrahman III, para recordar las demás historias de aquella prodigiosa fábrica que mas interesan á nuestro propósito.

F. JAVIER SIMONET.

DIEZ Y OCHO AÑOS DESPUES.

(Conclusion.)

IX.

Pasó aquel día, y aun cuando no con completa tranquilidad, al menos no tan borrascoso como los otros.

William participó á su hermano todo lo que en la casa azul le había sucedido con el viejo, y el cómo empezando á tratarle de mala manera, había concluido por asegurarle que su sobrino repararía su falta.

Alegróse infinito el pobre cura, primero porque la muchacha estaba á su cuidado y en la casa, y segundo porque era sobrina suya; mas viendo que su hermano no le hablaba nada de ella, no pudo resistir mas á su curiosidad, y tomó él la iniciativa.

—¿Y nada has sabido de Fanny?

—Nada.

—¿Y no te se ocurre, mi buen William, que ese señor podrá saber su paradero?

—No veo la razón, dijo William.

—Si su sobrino.....

—Que no piensa mas que en montar á caballo.

—Pero de todos modos es preciso buscarla.

—Estoy en ello, mi buen Jhon, y no creas que he desperdiciado hasta ahora ocasión ninguna; pregunto á todo el mundo, miro en todas partes, busco por todos los rincones y mis pesquisas son vanas. Fanny no parece.

—¿Y si algun acto de desesperación la hubiese inducido á?...

—Ya lo hubiéramos sabido, mucho mas yo que judicialmente debo intervenir.

Quedó conforme el cura con las razones de su hermano, y no se volvió á hablar mas de la cuestión. William viendo que era tarde tomó el camino de su casa.

Pero según había dicho á su hermano, no pasó por bosque, casa, ó jardín en que no preguntara indirecta ó directamente noticias de su hija.

Nada sabía de ella, nadie podía darle razón, y William se fraguaba mil ideas á cual mas siniestras que aun cuando procuraba desechar, sin embargo dejaban alguna impresión en su alma.

El haber huido de su casa sin haber vuelto siquiera á saber de su hijo, sin que nadie pudiera dar razón de ella ni viva ni muerta, le hacia sospechar á Bradsh que Fanny podía haber atentado contra su vida.

Aun cuando ya conocía al seductor de su hija, y sabía que había de dar satisfacción cumplida de su proceder, sin embargo el pobre médico no pudo pegar los ojos en toda la noche, fraguándose mil y mil comentarios acerca de lo que á su hija podía haberle sucedido, pensando en que su honra quedaría entonces por el suelo, y que el desgraciado niño que ninguna culpa tenía, se avergonzaria algun día de su origen, y odiaría la memoria de la madre desnaturalizada que le había abandonado desde el momento de nacer.

Así pasó la noche: al día siguiente apenas fué hora William tomó el camino del bosque de los abetos y llegó á la casa azul.

Se hizo anunciar, y en el acto le dijeron que podía pasar, porque el señor tenía dada orden de que le entraran en cuanto viniera.

X.

—Buenos días, señor Bradsh, dijo el tío al verle entrar, y poniéndose de pie le alargó la mano.

—Buenos los tengais contestó aquel.

—Tomad un momento asiento, amigo mio, para que escuchéis mejor la noticia que tengo que daros.

—¿Tan malas son?... repuso William que siempre veía lo peor.

—Al contrario, mi buen doctor, no pueden ser mas agradables, y eso os lo hubierais figurado desde el principio si me hubieseis conocido; los que á mí me pertenecen tienen obligación de portarse bien á costa de todo, así es que mi sobrino Edward, aun cuando yo no le hubiera hablado, estaba conforme con mi doctrina.

—¿Y le habeis visto?

—Naturalmente, puesto que vive aquí.

—¿Y consiente en casarse con mi hija? preguntó al médico algo azorado.

—Sin dificultad ninguna.

Dos lágrimas bañaron entonces las mejillas del anciano William; Jhon, que le observaba, creyó que las lágrimas eran de placer, y de alegría, no pudiendo contenerse se puso en pie y abrazándole le dijo.

—Sois todo un hombre, mi buen Bradsh, y mi sobrino volverá por la honra de esas canas que hasta hoy están manchadas.

—¡Oh! ¡mil gracias! ¡mil gracias! murmuraba Bradsh apretándole la mano.

—Enjugad, pues, vuestras lágrimas, porque mejor que yo sabeis que las impresiones fuertes son perjudiciales, sea su causa el placer, sea el dolor.

—Es que una pena horrible é inmensa destroza ahora mi alma, dijo el médico en medio de tristes y sentidos sollozos.

—Pues ¿qué os sucede? le preguntó con interés su interlocutor.

— ¡Mi pobre hija!..... no sé qué ha sido de ella.
 — ¿Desde cuando no la habeis visto?
 — Desde la noche fatal en que cubierta de un velo, la asistí yo mismo sin conocerla.
 — ¿É ignorais su paradero actualmente?
 — Le ignoro, y por mas que he buscado me ha sido imposible dar con ella.
 — Pues calmaos, amigo mio, vuestra hija, hoy ya puedo decir mi sobrina Fanny, está ya completamente restablecida é irá á veros dentro de un rato en compañía de su esposo.
 Figúrense nuestros lectores lo que esta noticia alegraría al pobre médico, el que tenia tantos motivos para llorar su pérdi-

da, y que no nos cansaremos en repetir porque todos son conocidos.

Despidióse William del viejo Jhon despues de haberle dado cien veces gracias por su conducta, y se encaminó apresuradamente á casa de su hermano á comunicarle la alegre nueva de haber parecido Fanny, y la noble conducta del viejo, y juntos se marcharon á casa del médico.

Apenas llegó este, envió á buscar al niño y con una impaciencia extraordinaria esperó la llegada de su hija.

No tardó mucho tiempo en llegar esta y apenas entró avalanzó á su hijo frenética y sin reparar en nadie cayendo delante de él gritando.



— ¡Mi hijo! ¡hijo de mi vida!
 En pos de ella venian Edward y su tio.
 Fanny estaba admirablemente vestida.
 La primera persona á quien abrazó fué á William: su tio la habia dicho ya que era su padre.

EPÍLOGO.

A los cuatro dias el cura hermano de William casaba en la iglesia de su aldea á Fanny y á Edward.
 He concluido mi cuento.

AGUSTIN BONNAT.

AMPARO.

(Memorias de un loco).

(Continuación.)

La miré frente á frente y ella me miró durante algunos segundos con una curiosidad infantil.

— Encienda V., caballero, me dijo, levantando su farol y abriéndole.

Encendí mi cigarro.

Luego volví á mirar á la traperita que cerró el farol y se puso á rebuscar de nuevo con su gancho.

Yo, no sé por qué, permanecía inmóvil junto á ella.

— ¿Cuánto ganas buscando trapos? la dije.

— Segun: me contestó: diez cuartos, doce, dos reales. Antes se ganaba mas; pero ahora..... hay muchos traperos y pocos trapos.

— ¿Y no tienes mas oficio que este?

— No señor.

— ¿Y con diez cuartos te mantienes?

— Como pan unos días, y otros pan y queso. Ademas la señora Adela gana otro tanto.

¡La señora Adela! Aquel calificativo antepuesto á un nombre hasta cierto punto aristocrático, causó en mí un efecto inexplicable.

— ¿Quién es la señora Adela? la pregunté.

— Es una mujer que me ha criado.

Y al pronunciar estas palabras, creí notar en su entonación algo de doloroso, algo de impaciente, algo que revelaba que no era la señora Adela lo mejor del mundo para la traperita.

Comprendí que tenía delante una pobre existencia necesitada de amparo.

Nunca mi hastío de la vida llegó hasta el punto de hacerme indiferente á las desgracias ajenas.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué una moneda.

Era una onza.

Yo había pensado darla un napoleon.

Sin embargo, alargué la mano hácia la niña y la entregué la onza.

La chica la tomó, probó su peso y se puso gravemente seria.

— ¡Gracias, caballero! me dijo, devolviéndome la onza. Me basta con lo que gano.

Y se puso de nuevo á revolver y á buscar, guardando un profundo silencio y visiblemente contrariada.

— ¿Por qué no has tomado ese dinero? la dije.

La muchacha no contestó.

Me obstiné, y entonces, alzándose con una dignidad y una firmeza supremas, me dijo:

— Si no sigue V. su camino, caballero, y me deja en paz, llamaré al sereno.

A tal arranque tomé mi partido: arrojé la onza en la cesta de la muchacha, y me alejé.

— Por favor, caballero, me dijo corriendo tras mí y con acento entre suplicante y colérico: V. está equivocado y tira su dinero. Creame V.: tome V. su onza: yo le doy las gracias y..... no hablemos mas.

— ¿Y de qué modo puedo yo hacer para favorecerte? dije volviendo y tomando la onza.

— Dios me favorecerá; esté V. seguro de ello. Dios y.....

La muchacha calló, tembló y fijó una mirada ansiosa en el fondo de la calle.

Guiado por su mirada, miré y vi otra traperita que se acercaba.

— ¡La señora Adela! exclamó la muchacha, y se puso con un ardor febril á su trabajo, mientras Mustafá gruñía sordamente.

Tardó poco en llegar una mujer harapienta, alta, huesosa, como de treinta y cinco á cuarenta años, que fijó en mí una mirada insolente.

— ¿Qué quiere este caballero? preguntó con acento de amenaza á la pobre niña.

— Me ha pedido fuego para un cigarro, contestó temblando la traperita.

Yo creí deber atajar la conversacion.

— ¿Es V. la señora Adela? la dije.

— Si señor: ¿qué se le ofrece á V.? contestó secamente.

— Necesito hablar con V. á solas.

— ¡Ah! ¡Necesita V. hablarme! Pues vamos.

Y se puso en marcha.

Noté que la traperita arrojaba sobre aquella mujer y sobre mí una mirada llena de ansiedad.

Seguímos la señora Adela y yo á lo largo de la calle, y nos detuvimos á la puerta de uno de esos cafetines, asilos de tahures y vagos, cuya puerta se cierra á la hora prescrita en los bandos, pero que se abre durante toda la noche á todo el que llega.

Llamé, abrieron, y la señora Adela y yo, entramos.

Nos sentamos junto á una mesa y la traperita pidió aguardiente.

Entonces, á la luz de un mechero de gas inmediato, pude observar ciertos rasgos de distincion degradada en el semblante angular y huesoso de aquella mujer: del mismo modo, no era difícil comprender que aun era jóven; que si parecia vieja, lo debía á escesos, y que en otro tiempo debió ser notablemente hermosa.

Sus manos, ese indudable signo por el que se conocerá siempre á una persona distinguida, eran aun bellas: su mirada altiva y fija.

Estaba, pues, metido en una verdadera aventura.

— Me parece que adivino de lo que quiere V. hablarme; me dijo mirándome con una extraña fijeza; y sin dejarme tiempo para contestar añadió: sin duda se trata de Amparo.

— ¡Se llama Amparo!

— Y es una hermosa muchacha: está flaca y sobre todo mal vestida; pero con un mes de buen trato.....

— ¡Y V. la vendería! la dije con repugnancia sin dejarla concluir.

— Hoy todo se compra y se vende, me contestó con sarcasmo: se vende el amor, se vende la amistad.

— ¡Y se venden las hijas!

— Amparo no es mi hija, me contestó con precipitación y con un acento singular. Hace catorce años la encontré en la calle.

— ¿Y sus padres no la reclamaron?

— No.

— Pero si V. no es su madre, al menos la ha criado V.

— Por lo mismo quiero que sea feliz, dijo la traperita con su duro acento, que me causaba una sensacion fria, punzante, indefinible.

— ¿Y para que sea feliz la vende V?

— La mujer no es feliz mas que vendiéndose; vendiéndose muy cara mientras es hermosa; arrancando al amor que compra, dinero para cuando solo puede buscarse la caridad; ¡la caridad!.....

Y despues de haber pronunciado con acento de blasfemia su ultima palabra, se bebió de un trago una copa de aguardiente.

— Pues V., la dije con desprecio, no ha sabido, por lo que se vé, aprovechar sus buenos tiempos.

— Es que yo no me he vendido, me contestó con una expresion singular: por lo mismo la vendo á ella.

— Creo que ella no piensa venderse.

— Hará lo que yo quiera.

— Pues bien: me encargo de esa muchacha.

— No me gustan las palabras de sentido ambiguo. Sepamos claramente de lo que tratamos. ¿Cuándo ha conocido V. á Amparo?

— Esta noche.

— ¿La ha hablado. V?

— Muy poco.

— ¿Y cómo entenderemos eso de encargarse V. de ella?

— Creo que puede ocuparse en otro trabajo mas cómodo y beneficioso que en el de recoger trapos.

— Sí, ciertamente.

— Por ejemplo: puede entrar en un taller.

— Es verdad: repuso aquella mujer cuyo semblante se había cubierto con la expresión de la mayor reserva; pero es el caso, que cosiendo se gana muy poco, y que hay que pasar por un aprendizaje, durante el cual nada se gana.

— ¿Cuánto suele durar ese aprendizaje?

— Acaso un año.

— No hablemos mas: venga V. conmigo.

Pagué, salimos del café y llevé á aquella mujer á mi casa.

Mi criado Mauricio se asombró al verme entrar con tan mala compañía, y mucho mas cuando me encerré con ella en mi gabinete.

— De hoy en adelante, la dije, puede V. contar con doce duros mensuales. Además, como supongo que carecerán VV. de todo, tome V. estos dos billetes de á mil reales y empléelos en ropas y utensilios. Todos los meses venga V. por la cantidad que asigno á Amparo.

— ¡Gracias! dijo friamente aquella mujer, y se despidió de mí.

Cuando me quedé solo, busqué el cuaderno donde estaban consignadas mis obligaciones y anoté lo siguiente:

Doscientos cuarenta reales para Amparo.

Yo habia hecho esto por temperamento, por costumbre, no por caridad.

Me acosté y me dormí.

Cuando desperté al día siguiente habia perdido el recuerdo de aquella aventura.

Entró Mauricio y me dijo:

— Ahí está una muchacha que pregunta por V. Vino á las diez y ha vuelto otras tres veces á ver si se habia V. levantado.

— ¡Una muchacha! exclamé con extrañeza.

— Sí, sí señor, y no es maleja: dice que se llama Amparo.

— ¡Ah! Que entre, que entre.

Poco despues entró Amparo.

La acompañaba su perro.

Venia peinada y limpia, pero muy pobre y muy ligeramente vestida.

Me saludó con gracia y con la misma digna lisura con que hubiera saludado á un conocido antiguo.

Sonreía tristemente y estaba encendida, sobreexcitada.

El perro fijaba en mí una atenta é inteligente mirada.

— Perdone V., caballero, me dijo Amparo, si he venido á incomodarle, pero he creído que debia venir á verle.

— ¿Y por qué, hija mia?

— ¿Por qué? ¿Con qué objeto ha dado V. dinero á la señora Adela? me contestó con precipitación y con vergüenza.

— No hablemos de eso, la dije, la señora Adela lo sabe.

— Nada me ha dicho, sino que ya no recogeremos mas trapos; que compremos vestidos y camas.

— ¡Cómo! ¿No teniais camas?

— No señor: ese es mucho lujo para nosotras, dijo sonriendo tristemente: cuando se ha trabajado mucho, y sobre todo, cuando se está acostumbrados á ello, se duerme muy bien sobre un ruedo.

De la misma manera que otros se muestran neciamente soberbios con su opulencia, Amparo se mostraba noblemente orgullosa con su miseria.

— Y bien, repuse: si nada te ha dicho esa mujer, ¿cómo sabes que yo la he dado dinero?

— Anoche, cuando V. se alejó con ella, apagué mi farol y me fui detrás: esperé á que saliesen VV. del café, los seguí y ví que entraban en esta casa. Esta mañana cuando la señora Adela me enseñó dos papeles encarnados, cuando lei.....

— ¡Sabes leer!

— Sí señor, contestó sin el mas leve asomo de vanidad Amparo; cuando lei lo que en aquellos papeles estaba impreso, y ví que eran billetes de banco..... dinero, adiviné que aquel dinero venia de V.

— Y bien, ¿qué?

— Necesito saber con qué objeto se ha desprendido V. de esa cantidad.

— ¡Bah! ¡bah! ¿Con qué objeto? Con el de que no pases mas noches malas; con el de que aprendas un oficio y puedas ser la honrada mujer de un artesano.

— El padre Ambrosio me ha dicho que hay en el mundo personas caritativas; pero me ha dicho tambien que muchas veces se toma la caridad por pretexto.

— ¿Y quién es el padre Ambrosio?

— Un religioso exclaustrado de la Merced que vive hace muchos años en la misma casa de vecindad donde yo vivo: un digno ministro del Altísimo; mi padre; la guía que Dios me ha dado viéndome desamparada en el mundo.

— ¡Ah! ¡Un religioso!

— El infeliz no ha podido hacer otra cosa que enseñarme á leer y á escribir y procurar encaminarme á la virtud. Es muy pobre, pero..... ¡es un sabio! Lo poco que sé se lo debo, y, sobre todo, él me ha hecho conocer que la mayor riqueza es la honra; la mayor felicidad tener la conciencia tranquila; el mayor mérito á los ojos de Dios, sufrir resignadamente la pobreza.

— De modo que tú, pobre, miserable, destinada á un trabajo rudo y penoso, mal alimentada, mal vestida, sin fuego con que calentarte, sin lecho en que dormir, estás resignada con tu suerte?

— Sí señor, contestó Amparo, repitiendo su triste sonrisa.

— ¡Oh! Tú no conoces el mundo; eres muy jóven; estás soñando.

— Me he criado en una casa de vecindad y tengo ya catorce años.

— ¿Pretendes tener experiencia?

— ¡Oh! ¡sí! Yo sé que si quisiera podria vivir cómodamente, vestir hermosas telas, concurrir á los teatros y á los paseos. Sé, porque la señora Adela me lo ha dicho, que un hombre muy rico está enamorado de mí. Lo sé tanto, como que me he visto maltratada muchas veces porque me he negado..... á ser feliz, como dice la señora Adela.

— ¡Oh! ¡Tan jóven y ya conoces el mundo!

— ¿No he de conocerle si me he criado entre lodo?

— Pero tu lenguaje es escogido, Amparo: tus maneras riñen con tu posición: pareces una señorita disfrazada.

— Lo debo al padre Ambrosio; lo debo á los libros que leo.

— Y..... ¿qué libros te ha dado á leer ese religioso?

— Cuando supe leer y escribir me puso en las manos la imitación de Cristo del padre Kempis.

Yo no habia leído el tal libro; pero supuse que seria un libro de devoción como otros tantos.

— ¿Y qué mas? añadió.

— La Biblia.

— ¡Habrás leído, pues, el *Cantar de los cantares*!

Amparo me miró profundamente y se ruborizó, lo que demostraba que habia leído aquel libro, que tenia talento y que habia comprendido la intención de mi pregunta.

— El *Cantar de los cantares* es un admirable libro simbólico, me dijo.

— ¿Y no has leído mas?

— Sí, sí señor: los sermonarios de Bossuet y de Fenelon.

— ¿Y nada profano?

— Sí señor; la historia universal de Anquetil, el Telémaco, el padre Mariana y las poesías de nuestros clásicos.

— ¿Y novelas?

— Ninguna..... ¡Ah! Sí: las de Doña María de Zayas, las ejemplares de Cervantes y el Quijote, esa admirable novela.

Y habia una lisura tal en la expresión de Amparo al contestarme; tal falta, tal negación de pretensiones, que era necesario creer que no solo tenia talento, sino tambien elevación de ideas: ¡y junto á esto tal conformidad, tal resignación con lo ingrato de su fortuna!

Yo, que me habia interesado por ella por compasión, empe-

cé á interesarme por afecto, y por un momento sentí que mi hastío por la vida desaparecía; comprendí que había encontrado algo á que podía consagrarme dignamente: á hacer el porvenir de aquella jóven tan simpática, tan merecedora de amparo: yo era entonces impío y me dije: — Ya que la casualidad la ha procurado un buen hombre que la eduque, yo, que soy rico, haré lo demás: el sacerdote por una parte, y el calavera de buen corazon por otra, haremos de ella un prodigio.

Y dentro de mi corazon adopté á aquella niña.

Una adopcion paternal, pura, desinteresada.

Habia en Amparo algo que dilataba mi alma.

Ni yo podia pensar de otra manera: la corrupcion de la mujer por medio del oro me repugnaba: la rechazaban mi corazon y mi dignidad, y como jamás pensamos voluntariamente en lo que nos repugna, ni reparé que en Amparo existían los gérmenes de una gran hermosura, ni me incitó su pureza, ni miré en ella mas que un ser débil, digno de proteccion.

Por lo mismo me apresuré á tranquilizarla respecto á mis intenciones.

La hablé con la elocuencia del sentimiento, con su forma poética, porque estaba seguro de ser comprendido por ella: con toda la espontaneidad de mi franqueza y de mi desinterés, y logré que Amparo se tranquilizase completamente.

— ¡Ah! me dijo con los ojos arrasados de lágrimas: ¡Dios se lo pague á V.!

Y amparo me asió las manos, las estrechó contra su boca y las cubrió de lágrimas.

Despues salió.

Mustafá, que durante esta escena habia estado echado sobre la alfombra, se levantó, me miró, movió lentamente la cola y siguió á la niña.

(Continuará).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

FLORES.

Pulehriora sunt abera tua vino, et odor unguentorum tuorum, super omnia aromata.

CANT. — CANT. — cap. IV, v. 10.

Eres ídolo, mio;
el único perfume,
que el corazon sombrío
aspira en su dolor;
eres como un santuario
do nunca se consume,
amante y solitario,
el faro del amor.

Eres la sola estrella,
que acaricié á mi cielo,
y cuya casta huella,
que en el cenit está;
disipa pudorosa
con su luz de consuelo,
la noche borrascosa
por donde mi alma va.

Mi amor, mi luz, mi vida;
brisa con que me oreo,
mi rosa preferida,
placer de mi placer:
respiro con tu aliento,
con tu mirada veo,
con tu corazon siento,
mi ser está en tu ser.

De tu ligero talle
flexible é indolente,
el albelí del valle
las gracias imitó.
¡Qué pura y tersa brilla
tu pálida mejilla!....

¡En tu serena frente
la nieve se agrupó!

¡Con qué placer oprimo
tu seno cariñoso!

Tu seno es un racimo,
es un panal de miel;
de dos lindas palomas,
es nido delicioso;
son las fragantes pomos,
rosadas como él

Tu boca, si me besa,
es vaso en amor rico;
es la partida fresca,
que saboreo yo;
tu aliento me acaricia
cual aura de delicia,
que tu húmedo abanico
al agitarse alzó.

Siento bajo mi mano
latir tu seno puro,
al que un aliento impuro
no profanó jamás.
Mi amor, mi luz, perdona
si en mi delirio ufano
adorno tu corona
con una rosa mas.

Dadme, Señor, rocío
para calmar mi pecho
por el placer deshecho;
para volar, Dios mio,
el ala del azor:
permite que arrebate,
en su delirio el vate,
de tu cielo una estrella
para adornar con ella
la frente de su amor.

LUIS BARREDA.

GEROGLÍFICO.



Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.